

solo este glorioso título: has de considerar las perfectísimas acciones de toda su vida, con las cuales se hizo acreedora á que toda la beatísima Trinidad se empeñase en dispensarla sus gracias. Y últimamente, has de fijar tu consideracion en sus ejemplos, los cuales, si los llegas á imitar con perfeccion, bastan para asegurarte una felicidad eterna. De todas estas consideraciones resultará una veneracion y un culto racional con que reverenciarás su sagrada persona como sublimada sobre los coros de los ángeles, y levantada por su Hijo al honroso grado de Reina de los cielos y de la tierra; buscarás con ansia todos los medios y modos de propagar su culto, ya persuadiendo á los fieles su provecho con ejemplos y con razones, y ya desterrando de los menos cautos aquella tibieza criminal que causaron en ellos las quejas de los impíos. Tendrás en su misericordia una confianza saludable, conociendo que la que es madre de Dios, y padeció juntamente con su hijo Jesucristo tantos y tan penosos trabajos para sacarte del cautiverio de Satanás, ningun otro interés puede tener que el de tu misma salvacion. Últimamente, pondrás todos tus esfuerzos en imitar sus virtudes, sin cuyo preciso requisito todo culto la es desagradable, y no puede menos de mirar con indignacion á los que presumen honrarla de otra manera. Pero, ó gran Dios, ¡cuántos engaños, cuánta preocupacion se ve en los fieles sobre una materia tan interesante y delicada! Se juzga neciamente que consiste la devocion en unas meras esterioridades, y se pretende alucinar á María, y aun al mismo Dios, pensando que han de calificar nuestro corazon, y las secretas intenciones de nuestras almas, por una obra exterior, que es efecto de la costumbre. El traer un hábito de una religion, ó alguna de sus particulares insignias; el mandarse sentar por hermano de una cofradía ó hermandad dedicada á la Reina de los ángeles; el rezarla sin atencion particular, antes bien con una total distraccion, el rosario, el escapulario ó la correa, se tiene vulgarmente por una verdadera devocion á María. Hay muchas personas que llevan tan adelante esta preocupacion, que confiados en ella, no temen vivir una vida escandalosa, alimentando al mismo tiempo la necia esperanza de ser gratos á la Virgen santísima. Esto es un error, es un engaño, en una temeridad, y aun se pudiera decir, es una pretension sacrilega. Desengáñate, ó cristiano; la madre de la justicia eterna, y de la eterna verdad, no se puede complacer ni agradarse sino de una devocion verdadera y sencilla, ni estarán en su gracia jamás los que al tiempo de invocarla no abominan su vida criminal, y se convierten de veras á Dios.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA LUCÍA, virgen y mártir, en Siracusa en Sicilia; la cual en la persecucion de Diocleciano, por mandato del cónsul Pascasio, fué entregada á unos hombres deshonestos para que el populacho hiciese burla de ella; pero no pudo ser llevada ni movida, aunque la tiraban con maromas y con muchas yuntas de bueyes: des pues de esto venció el tormento de la pez, resina y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna, hasta que por último atravesandole la garganta con una espada consumó el martirio. (Véase su vida en las de hoy.)

LA PASION DE LOS SANTOS MÁRTIRES EUSTRACIO, AUXENCIO, EUGENIO, MARDARIO Y ORESTES, en la Armenia, durante la persecucion de Diocleciano; Eustracio primeramente por el presidente Lisias, despues en Sebaste por el presidente Agricolao, junto con Orestes, padeció atroces tormentos, y últimamente metido en un horno ardiendo entregó su espíritu: S. Orestes fué puesto sobre un lecho de hierro hecho ascua, en donde durmió en el Señor: los demás estando entre los Arabraços, por mandato del presidente Lisias con varios y muy crueles tormentos alcanzaron la palma del martirio. Sus cuerpos trasladados despues á Roma, fueron honoríficamente colocados en la iglesia de S. Apolinario.

EL MARTIRIO DE SAN ANTIOCO, en la isla del mismo nombre junto á la de Cerdeña, en tiempo del emperador Adriano.

SAN AUBERTO, obispo y confesor, en Cambrai en Francia. (Este gran prelado fué uno de los mas preciosos ornamentos del siglo VII, y de los mas eminentes promovedores de doctrina y de piedad en la Iglesia Galicana. El gran rey Dagoberto fué muchas veces en busca del Santo para ser instruido en los medios de asegurar su salvacion eterna. Murió en 23 de junio de 1076. La urna de S. Auberto es el tesoro mas rico de la magnífica iglesia y abadía de S. Pedro en Cambrai. *But.*)

SAN JUDOC (ó JADOC ó JOSSE), confesor, en una aldea de Ponthieu. (Renunciando la corona de Bretaña con que le brindaba su hermano mayor, recibió la tonsura y fué en peregrinacion á Roma. Promovido despues á los sagrados órdenes de presbitero, se retiró con un discipulo suyo llamado Yurmaro á un bosque solitario de Ray; luego se pasaron á Runiac, donde el siervo de Dios Jadoc acabó su vida penitencial en el año de 669, y fué honrado con milagros antes y despues de su muerte. Su hermitaje llegó á hacerse con el tiempo famoso monasterio y uno de los que Carlomagno cedió á Alcuino en el año de 792. *But.*)

SANTA OTILIA, virgen, en la diócesis de Strasburgo. (Fué natural de Strasburgo y de una familia ilustre, pero bautizada en Ratisbona por S. Erchardo, obispo de aquella silla. Su padre erigió un gran mo-

nasterio en Alsacia, en que condujo Otilia por los pasos de la perfeccion á ciento treinta monjas virtuosas, y murió en el año de 772. *But.*)

SANTA LUCÍA, VIRGEN Y MÁRTIR.

SANTA LUCÍA, tan célebre en toda la Iglesia, y gloria de la Sicilia, era de una de las mas nobles familias de Siracusa, capital entonces de toda la isla. Pero por mas distinguidos que fuesen sus padres por su nobleza y por sus abundantes bienes de fortuna, ponian su principal gloria en la dicha que tenian de ser cristianos. No tenian mas que una hija llamada Lucía, heredera de sus grandes riquezas; pero sobre todo de su virtud, á la que añadió nuestra Santa la de la pureza y la gloria del martirio. Habia nacido hácia el fin del tercer siglo, con particulares inclinaciones á la piedad, y con un amor á Jesucristo y un zelo extraordinario por la religion: se tuvo gran cuidado en cultivar un tan buen natural y unas tan bellas disposiciones. Su modestia, su propension al retiro, su amor á la virginidad dieron bastante á conocer á los que la veian de cerca, que Jesucristo la habia escogido por su esposa.

Perdió á su padre cuando no tenia todavía sino cinco ó seis años; pero su madre, llamada Eutiquia, se aplicó con mas cuidado durante su viudedad á inspirarla los mas altos sentimientos por la piedad cristiana. Como las calidades corporales de la hija correspondian á las de su corazon y de su espiritu, pues estaba dotada de una rara belleza, á que se añadía el ser rica y discreta, pensó Eutiquia en procurarla con tiempo un establecimiento honroso, cual correspondía á sus prendas y calidades. No la fué difícil encontrarla un partido ventajoso. Entre todos los señores que se presentaron puso su madre los ojos en un joven bizarro que parecia ser el que la convenia, y que ciertamente tenia calidades dignas de ella, excepto el ser pagano; pero esta consideracion no detuvo á Eutiquia, sea que creyese que la diversidad de religion no perjudicaria á la fe de Lucía, cuya aprobada virtud tenia bien conocida, sea que esperase que su zelo y su virtud podrian fácilmente convertir algun dia al joven esposo; pero nuestra Santa se hallaba con muy distintos pensamientos.

Abrasada desde su infancia en el amor de su divino Salvador, y encantada de la belleza de este esposo celestial, le habia consagrado su virginidad; y como habia previsto todo lo que la podia suceder, estaba resuelta á no tener jamás otro esposo que á Jesucristo, aunque hubiese de perder por ello todos sus bienes y



STA. LUCIA VIRGEN, Y M.

la misma vida. Informada del designio de su madre, la suplicó que no se precipitase: la representó que era todavía demasiado jóven para pensar en casarse, que la alargase todo lo posible el gusto que tenia de servirla, de cuidar de su salud y de estar en su compañía. Este discurso embelesó á la madre, y aunque el pretendido esposo instaba á toda hora por concluir un casamiento que le era tan ventajoso, Eutiquia dilató su conclusion por dar gusto á su hija. Entre tanto nuestra Santa no cesaba de suplicar al Señor que impidiese el designio de su madre. Fué oída su oracion, pues molestada su madre de un flujo de sangre que la atormentó por espacio de cuatro años, una enfermedad tan molesta lo suspendió todo; de modo, que mientras Eutiquia estuvo en la cama, no se habló palabra del casamiento.

Como la fama de los milagros que se obraban continuamente en Catania en el sepulcro de Sta. Agueda se estendió tanto por toda la isla, que concurrían á él de todas partes, no solo los cristianos, sino tambien los paganos, á buscar socorro en sus enfermedades; como por otra parte todos los remedios que se habian aplicado á Eutiquia en los cuatro años habian sido inútiles; afligida Sta. Lucía de ver padecer á su madre tanto tiempo, la propuso que podían ir las dos á Catania, que tenia una gran confianza en que por la intercesion de Sta. Agueda recobraría la salud. La enferma vino bien en ello, y entrambas hicieron el viaje. Luego que llegaron á Catania se fueron al sitio donde estaba el sepulcro, y se pusieron en oracion. Como estaban muy fatigadas, Sta. Lucía se quedó dormida, y durante este sueño se le apareció Sta. Agueda, acompañada de muchos ángeles; y encarándose con ella, la dijo: «Lucía, querida hermana, esposa sagrada de nuestro comun Salvador, ¿por qué me pides lo que por tí misma puedes alcanzar facilmente? Jesucristo, tu esposo y mio, te concede gustosamente la salud que tanto deseas de tu madre; y como este Señor se ha dignado hacer célebre la ciudad de Catania por honrarme á mí, así tambien quiere que tu nombre haga célebre la ciudad de Siracusa: tu alma le es grata y preciosa; y en la pureza de tu corazón encuentra una habitacion agradable.» Acabadas de decir estas palabras, desapareció la vision.

Habiendo despertado Lucía, exclamó: Madre mia muy amada, ya estais curada: por la intercesion de su esposa Sta. Agueda os ha dado Dios la salud: démosle humildemente las gracias. Despues de haber mostrado su reconocimiento á Dios y á su santa protectora, quedaron muy contentas entrambas; pero antes de retirarse del sepulcro, abrazando Lucía á su madre, que estaba

penetrada toda de reconocimiento por un beneficio tan señalado, la dijo: Mi querida madre, Dios acaba de haceros un gran favor, y yo me lisonjeo que no me negaréis el que yo os pido por amor de Dios; este es el que no me habéis mas de casamiento: he consagrado mi virginidad á Jesucristo, estimaré lleveis á bien no tenga yo otro esposo que á este Señor. Eutiquia, enternecida y embelesada al mismo tiempo de una resolución tan generosa, vino en lo que la pedía su hija. No basta, añadió la hija, que consentais en mi matrimonio espiritual, es menester que me deis mi dote para que yo le entregue á mi divino Esposo por las manos de los pobres, á quienes he determinado distribuir todos mis bienes. — Hija mia, respondió Eutiquia, todos los bienes de la familia son tuyos; pero no quieras que pierda yo mis derechos, y que la caridad que quieres ejercitar con los pobres me reduzca á pedir limosna: vengo bien en que dispongas del rico dote que te habia destinado; pero quiero conservar mi caudal durante mi vida, aunque resuelta siempre á dejarlo á los pobres despues de mi muerte. — ¿Despues de su muerte? replicó la santa hija; ¿qué sacrificio hacemos á Dios en darle lo que no podemos retener? Creedme, madre mia, demos á Dios los bienes que él mismo nos ha dado; y démoselos antes que la muerte se nos los lleve; contemos sobre su bondad y sobre su providencia: el Señor cuidará de nosotras, como nosotras no contemos sino con él. Eutiquia se enterneció al oír este razonamiento de su hija; y tomó la resolución de distribuir sin detención todos sus bienes á los pobres, para no poseer en adelante sino á Dios.

Habiendo vuelto á Siracusa empezaron á distribuir entre los pobres todo el dinero que tenían, pasando despues á vender todas sus alhajas y joyas para rescatar los cautivos cristianos, y procurar la libertad á los encarcelados. El caballero á quien estaba prometida Lucía, sabiendo que entrambas vendian sus tierras, fué á estar con el aya de la Santa para informarse de la verdad, y la suplicó le descubriese el misterio. Es verdad, le respondió el aya, que Eutiquia vende todo lo mas precioso que tiene; pero es para comprar una tierra de un valor infinito, y de unas rentas inmensas. Esta respuesta que el caballero pagano no comprendió, le satisfizo, creyendo encontrar en ella su propio interés; pero habiendo sabido que todo el dinero que habian sacado de la venta de todos sus fondos se habia empleado en alimentar pobres y en libertar presos, conoció que se jugaba con él: se arrebató de un furioso enojo, se fué despechado á buscar al prefecto de la ciudad, le informó de todo, y le dijo que aquella di-

sipacion de bienes nacia de que Lucía era cristiana. No fué menester mas para hacerla prender. No se puede decir cual fué el gozo de nuestra Santa cuando se vió en visperas de ser mártir. Compareció delante del juez con aire de paz, de constancia y de seguridad. Nada omitió el tirano para persuadirla á abandonar su religion; la representó las grandes ventajas que hallaria en el mundo, si consentia en el casamiento que se la habia propuesto; y levantando luego la voz, la dijo: Que era preciso que en aquel mismo dia ofreciera á los dioses un sacrificio. — Yo no conozco otro Dios, respondió la Santa, sino al Dios omnipotente y eterno, criador del cielo y de la tierra, á quien ya he hecho sacrificio de todos mis bienes; ya no me resta mas que hacerle sacrificio de mí misma. Pascasio (este era el nombre del prefecto) al ver la firmeza con que la Santa le respondió, la dijo: Bien veo que no conviene andar á razones contigo; los tormentos harán cesar tu bachillería, y los golpes harán cesar tus palabras. — Los suplicios que se padecen por Jesucristo, replicó la Santa, no pueden hacer callar á sus confesores; pues él mismo nos ha asegurado que cuando estemos ante nuestros jueces, no seremos nosotros los que hablaremos, sino que el Espíritu Santo hablará por nuestra boca. — ¿Juzgas, respondió Pascasio, que el Espíritu Santo está en tí, y que él es quien te sugiere lo que respondes? — Creo, replicó la Santa, que los que tienen una vida pura y casta son templos del Espíritu Santo. — Si es así, respondió el juez, pronto hallaré yo medio de arrojar de tí ese espíritu, prostituyéndote como á una mujer infame. — Temo poco todas tus violencias, replicó la Santa; el Dios que adoro, y á quien he consagrado desde mi niñez mi virginidad, sabrá muy bien preservarme de tus insultos. Irritado el tirano con estas respuestas, mandó que llevasen esta casta esposa de Jesucristo á un lugar infame para ser abandonada á la brutalidad de todos los libertinos de la ciudad. ¿Pero qué puede toda la malicia de los hombres y del mismo infierno contra la omnipotencia de Dios? Sta. Lucia fué detenida por una mano invisible en el mismo lugar donde estaba, y por mas que se hicieron los mayores esfuerzos para tirarla, hasta emplear en ello muchos pares de bueyes, no fué posible moverla. Los paganos lo atribuyeron á encanto, las gentes cuerdas á milagro. El tirano, lleno de confusion, y reventando de rabia y de despecho, mandó que se encendiese una hoguera al rededor de ella, que la cubriesen de pez y resina, que añadieran toda suerte de materias combustibles, y que se la pegase fuego; pero el mismo que la habia hecho inmóvil, la conservó sana en medio del incendio. Un fuego horrible la rodeó

toda, la cubrieron espesas llamas, se creyó quedaria sufocada y consumida en un momento; pero se pasmaron todos cuando disminuyéndose el fuego, vieron á Sta. Lucía en medio del brasero con la misma serenidad y entereza que si estuviera en un baño fresco, sin que uno solo de sus cabellos hubiese perecido, y sin que el fuego la hubiese tocado á la ropa. Este prodigio causó grande admiracion en los corazones de cuantos estaban presentes; exclamaron todos en voz alta: Gloria al Dios de los cristianos; solo él merece nuestros cultos. Habiendo acudido Pascasio á los gritos de la gente, y viendo que la Santa cantaba las alabanzas de Dios con los ojos levantados al cielo; y no pudiendo sufrir las maldiciones que vomitaba contra él la muchedumbre, mandó al verdugo la cortase el cuello de una cuchillada. No habiendo muerto la Santa al instante, la cogieron los cristianos, y la llevaron á una casa inmediata. Estando en este estado, predijo el fin de la persecucion, y la paz que gozaria la Iglesia despues de la muerte de Diocleciano; y se dice que antes de espirar tuvo el consuelo de recibir el Viático: despues de lo cual, colmada de gracias, de victorias y de merecimientos, dió apaciblemente su espíritu á Dios el dia 13 de diciembre del año 304. Su cuerpo fué enterrado en Siracusa, donde estuvo hasta el siglo VIII en que Faroaldo, duque de Espoleto, habiéndose apoderado de Siracusa, le hizo trasportar á Italia á la ciudad de Corsino. Este santo cuerpo permaneció en este lugar cerca de doscientos cincuenta años, esto es, hasta el año 970, en que habiendo pasado á Italia Tierri, obispo de Metz, con el emperador Oton I, su primo, y deseando enriquecer su diócesi con preciosas reliquias de mártires, se llevó las de Sta. Lucía. Las puso en su iglesia de Metz, y dos años despues las hizo trasladar á la de S. Vicente, donde habia hecho edificar una magnífica capilla dedicada á Sta. Lucía. En 1042, otro obispo de Metz, llamado tambien Tierri, sacó un brazo de la caja, y se le dió al emperador Enrique III, quien le colocó en el monasterio de Ladembourg, ó Landeberg, en la diócesis de Espira. Cuando Tierri trasladó el cuerpo de la Santa á Metz, se habia ya trasladado la cabeza á Roma. Se han distribuido algunas porciones de estas santas reliquias á otras iglesias, donde se guardan con grande veneracion.

Se tiene á esta preciosa vírgen por abogada de la vista, y comunmente la pintan con sus ojos en un plato que tiene en sus manos. No se sabe la causa de pintarla así, ni su historia dice se sacase los ojos por librarse de un hombre lascivo que la perseguia. Pero como cada dia se experimentan nuevas gracias que

hace el Señor á los que, teniendo mal de ojos, se encomiendan con devocion á Sta. Lucía, tengámosla todos gran devocion, para que por su intercesion se nos conserve la vista corporal, y mucho mas para que alcancemos la espiritual y eterna. Otros escriben, y con fundamento, que es abogada contra el fuego.

EL BEATO JUAN DE MARINONI, CONFESOR.

EL beato JUAN DE MARINONI, confesor, fué hijo tercero y el menor de una familia noble, originaria de Bérgamo, pero nacido en Venecia en el año de 1490. Desde su infancia fué toda su delicia estar de rodillas al pié de los altares, y oír muchas misas todos los dias que le era permitido. Por lo comun estudiaba ante un crucifijo, y santificaba sus estudios con frecuentes actos de amor divino. Para pedir á Dios la gracia de no manchar la inocencia y pureza bautismal gastó cuarenta dias en oracion y ayunos rigurosos en honor de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios. Habiendo abrazado el estado eclesiástico sirvió entre los asistentes de la iglesia de S. Pantaleon; y ordenado de presbitero fué hecho capellan, y despues prior del hospital de incurables, en cuyo caritativo destino era un ángel consolador de cuantos padecian aquellas aflicciones. De allí fué llamado para que admitiese una canongia en la celebre iglesia de S. Marcos, donde su vida fué la edificacion de sus compañeros, y de toda aquella ciudad. Deseoso de servir á Dios con un desprendimiento mas perfecto de las cosas del mundo, pidió el hábito de clérigo regular, de los llamados Teatinos, é hizo su profesion en el año de 1530 en el dia 29 de mayo, siendo á la sazón de cuarenta de edad, ante sus mismos fundadores S. Cavetano y Cáruffa, antiguo obispo de Chieti, ó Teate, que habia instituido este orden seis años antes. Llamado S. Cavetano de Venecia á fundar el convento de S. Pablo en Nápoles, llevó consigo á nuestro Santo. En esta gran ciudad no cesó un punto Marinoni de predicar la palabra de Dios con admirable sencillez y zelo; y electo varias veces superior, mantuvo siempre en su orden el verdadero espíritu religioso.

Tanto con sus oraciones, como con sus sacrificios, en que se veia á veces bañado en tiernas lágrimas, y con sus exhortaciones en púlpito y confesonario fué el instrumento de la salvacion de muchas almas pecadoras. Murió de una violenta terciana en Nápoles en 13 de diciembre de 1562. Fué beatificado por bula de Clemente XIII en el de 1762, quien en el de 1764 concedió á su

orden un oficio en honor suyo que habia de celebrarse en aquel día.

La misa es en honor de Sta. Lucia, y la oracion la que sigue:

Oídnos, Dios Salvador nuestro, y haced que el gozo que nos causa la fiesta de Sta. Lucia, vuestra virgen y mártir, esté acompañado de sentimientos de una verdadera piedad. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de S. Pablo á los corintios.

Hermanos: El que se gloria en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que se alaba á Dios. Ojalá sufriséis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriase en el Señor. No hay virtud sobre la tierra, no hay mérito, se puede tambien añadir, no hay buen espíritu, no hay verdadera probidad, no hay buen juicio fuera del que Dios reconoce por tal. El hombre piensa con poco arreglo; su juicio, por lo comun, lleva á la falsedad y á la mentira. Todas las cosas se juzgan en un tribunal donde los jueces ordinariamente son partes. Los sentidos dan su dictámen, y son atendidos; las pasiones tienen voto decisivo en este tribunal. El humor, el natural, los intereses particulares, el espíritu del mundo todo aboga y defiende la causa del amor propio. ¿Y nos admiraremos que nuestros juicios sean tan falsos; que nuestras ideas sean tan contrarias á las de Dios; que estimemos y alabemos tan frecuentemente lo que Dios reprueba, y por consiguiente lo que es verdaderamente digno de despreciarse? En solo el Señor debemos buscar nuestra gloria, quiero decir, en la perfecta sumision á sus órdenes, y en hacer lo que le agrada. Porque, ó las cosas en que nos gloriamos no se pueden referir á Dios, y entonces la gloria no puede ser sino muy vana; ó nos gloriamos de aquellas ventajas de que no estamos revestidos sino para usar de ellas según los fines de Dios; y entonces el hombre es muy injusto en apropiárselas á sí mismo. ¿La vanidad de alabarse uno á sí mis-

mo no es una gran flaqueza? ¿qué piensan los hombres de los que se alaban á sí mismos? ¿esto solo no roba á las acciones mas loables lo que tendrían de mérito por otra parte? ¿á lo menos, esto no empaña la mas hermosa virtud? ¿por qué ensalzar el poco bien de que somos capaces? ¿á qué fin publicarlo donde creemos que puede atraernos la aprobacion de los hombres? Si Dios nos quiere en puestos donde nos sea necesaria la estimacion de los hombres, él sabe muy bien mostrarles que somos dignos de ella, sin que nosotros la procuremos por nuestra parte. La flaqueza de alabarse uno á sí mismo es mas que pueril; no solamente es señal de poca virtud, sino de una simpleza que disminuye la estimacion que por otra parte se pudiera tener de las bellas prendas de la persona. Esta necia y ridícula vanidad denota un espíritu apocado, cuyas luces son tan limitadas que no pueden descubrir el perjuicio que ocasiona al mismo mérito la flaqueza de alabarse. Y así no hay quienes mas se alaben á sí mismos que los entendimientos muy regulares. Un gran talento, un hombre de un mérito muy sobresaliente, habla poco de sí.

El Evangelio es del capitulo 15 de S. Mateo, y el mismo que el dia 11, pág. 31.

MEDITACION.

Cuanto aborrece Dios el pecado.

PUNTO PRIMERO.— Considera que no hay mas fuerte antipatia que la que hay entre Dios y el pecado; esta antipatia le es esencial á Dios. La naturaleza de Dios es esencialmente enemiga del pecado, y por consiguiente del pecador. Si el pecado pudiese dejar de ser contrario á Dios, no seria ya pecado; y si Dios pudiese dejar de aborrecer al pecado, no seria Dios; luego no debo esperar poseer á Dios mientras estuviere poseído del pecado. Así como el pecado no entra en el cielo, porque Dios reina en él, así Dios no entra en una alma donde reina el pecado. Si se tuviese una idea cabal del pecado, el nombre solo de pecado causaria en el alma un horror y un espanto mortal. El pecado es propiamente el solo mal del hombre; la pérdida de los bienes, las desgracias, las enfermedades, los dolores, las persecuciones, la muerte misma no son males sino muy impropriamente, y en cuanto son efectos y consecuencias del pecado: en efecto, que un hombre sea desgraciado, pobre, enfermo, perseguido, y el desecho del género humano; que sea despreciado, calumniado, y aun reducido á la úl-

tima miseria; si este hombre está en gracia y amistad del Señor, por no ser respetado, no deja de ser respetable. Es como un diamante de gran precio cubierto de polvo que no se conoce, y se lleva entre los pies; la misma muerte, tan terrible al pecador, no espanta á este hombre, ni menos da fin á su mérito. El estado de gracia nos hace agradables á los ojos de Dios, y por él gozamos de los derechos que constituyen el honor y la gloria de hijos suyos. El pecado, por el contrario, obra la suma desdicha del hombre. ¿Qué estado mas triste, mas horroroso y mas digno de lástima que el de un hombre que ha caído de la gracia de su soberano? Cuando una persona ha incurrido en la indignación del rey, se tiene por muy desgraciada. ¿Qué estado, pues, mas miserable que el de un hombre á quien Dios mira como á su enemigo; de un hombre á quien Dios mira con horror, y que es triste objeto de su furor y de su enojo? He aquí lo que produce un solo pecado mortal; arma todas las criaturas contra el pecador. Posea este todas las bellas cualidades, tenga un espíritu escelente, un natural feliz, sea de un nacimiento distinguido, posea todos los tesoros del universo; si Dios le aborrece, es sumamente infeliz; he aquí cual es el fruto de una falta grave.

PUNTO SEGUNDO. — Considera como Dios no está ocupado, por decirlo así, en el mundo, sino en destruir el pecado; todo lo que hace fuera de sí, no se encamina sino á esto. Si envía á su Hijo á la tierra es para desterrar de ella el pecado; si forma la Iglesia es para esterminar el pecado; si nos da sus gracias, es para armarlos contra el pecado; si nos premia, es por haber vencido al pecado; si nos castiga, es por haber amado al pecado. ¡Ah! esta ocupación es digna de Dios; ¿por qué, pues, no me ocuparé yo también en lo mismo? Todos los días se me ofrecen mil ocasiones de impedir el que se peque; ¿y por qué no lo hago? ¡Pero ay! mientras que Dios se ocupa en destruir el pecado, me ocupo yo en obrarle y en establecerle. Pero nada es mas á propósito para hacernos conocer el odio que tiene Dios al pecado, que la severidad con que le castiga. Dios castiga el pecado en cualquiera persona que le vea. ¡Con qué rigor le castigó en los ángeles, que eran las mas excelentes de sus criaturas, sin respetar ni á su excelencia, ni á sus prerogativas, ni á sus brillantes prendas! Un solo pecado de soberbia borra y aniquila todas estas excelencias. ¡Con qué severidad le castigó en el hombre, á quien amaba tan tiernamente, y á quien habia criado á su imagen y semejanza! Un solo pecado de desobediencia le arroja de aquel paraíso de delicias en que habia sido colocado, y le sujeta á este espantoso cu-

mulo de desdichas y miserias que inundan la tierra. Le castigó, en fin, en su propio Hijo, digno objeto de sus mas dulces complacencias, aunque no tuviese sino la apariencia del pecado. Pongamos los ojos en Jesucristo clavado en la cruz; este retablo de dolores es un efecto del odio que tiene Dios al pecado. Si así trata Dios á su propio Hijo, por solo haberle encontrado cargado de pecados ajenos, ¿como tratará á un esclavo cargado de los suyos propios? Basta que Jesucristo, la inocencia misma, quiera pagar por los pecadores, para que Dios no se detenga, ni en la santidad, ni en la majestad, ni en el mérito infinito de este amado Hijo: le ve bajo la apariencia de pecador; no es menester mas para que descargue sobre él todo el peso de su indignación. Se puede decir de algun modo, que el odio que tiene al pecado puede mas en él, que el amor tierno con que ama á su Hijo. ¡Oh, y como este solo ejemplo da una justa idea de la enormidad del pecado y de su malicia!

Haced, Señor, que yo le tenga un tan grande horror, que pierda los bienes, la salud y la misma vida antes que incurra en vuestra desgracia por el pecado.

JACULATORIAS. — He pecado, ó Salvador de los hombres; pero estoy pronto á hacer y padecer cuanto querais para aplacaros. (*Job 7.*)

Señor, no me castigéis en vuestro furor y en vuestro enojo. (*Psal. 6.*)

PROPOSITOS.

1 No se sabe lo que es mal cuando se dice que es un gran mal la pobreza, la enfermedad, etc. No hay en esta vida otro mal sino el pecado; pues ninguna cosa sino el pecado puede impedirnos el poseer el sumo bien. Ninguna cosa me desvia de mi último fin, ninguna me aparta de mi Dios sino el pecado. ¡Qué horror no debemos tener á este monstruo! Haz que este horror sea muy vivo; ten horror á la sola sombra del pecado; cuando vas á decir, ó á hacer alguna cosa, piensa ante todas cosas si hay pecado en ello. Vive con una extrema delicadeza de conciencia, no acabando jamás tu oración de por la mañana sin protestarle á Dios el horror que tienes al pecado, y pedirle gracia para no cometerle.

2 No te contentes con tener tú este horror vivo y sensible al pecado; procura inspirarle también á tu familia. Desde que tus hijos empiecen á tener conocimiento, no dejes de inspirarles frecuen-

temente este horror al pecado: diles á menudo como la reina doña Blanca á S. Luis: Hijo mio, aunque es muy grande la ternura con que te amo, antes quisiera verte muerto que en pecado mortal. Haz muchas veces esta oracion, y ensénala á tus hijos: Concededme, Dios de pureza, la gracia de velar con tanto cuidado, y de orar con tan grande eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Haced que me aleje tanto de todas las ocasiones de pecar, y que conciba tan grande horror á todo lo que puede manchar mi alma, que ninguna cosa sea capaz de hacerme caer jamás en pecado, ni perder vuestra amistad y gracia.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES ERON, ARSENIO, ISIDORO Y DIOSCORO NIÑO, en Alejandria; á los tres primeros en la persecucion de Decio atormentó el juez con varios suplicios; y viendo que no desfallecia su constancia, los mandó quemar. Dióscoro fué azotado de muchas maneras; pero quiso Dios que le dejasen libre para consuelo de los fieles.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DRUSO, ZÓSIMO Y TEODORO, en Antioquia.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS JUSTO Y ABUNDIO, en el mismo día; los cuales en tiempo del emperador Numeriano por mandato del presidente Olibrio, fueron echados en una hoguera, y saliendo de ella ilesos, los degollaron. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LA PASION DE LOS SANTOS NICASIO OBISPO, EUTROPIA VIRGEN SU HERMANA, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES, en Reims; los cuales murieron á manos de los bárbaros enemigos de la Iglesia. (*Véase la historia de este martirio en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN SPIRIDION, obispo, en la isla de Chipre: fué otro de aquellos confesores á quienes Galerio Maximiano, sacado el ojo derecho y jarretados los nervios de la rodilla izquierda, condenó á las minas: este Santo estuvo dotado del espíritu de profecía y del don de milagros; y en el concilio de Nicea convenció á un filósofo gentil, que escarnecía de la religion cristiana, y le convirtió á Jesucristo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN VIATOR, obispo y confesor, en Bérghamo.

SAN POMPEYO, obispo, en Pavia.

SAN AGNELO, abad, en Nápoles en Campaña, esclarecido con la gracia de los milagros; viéronle muchas veces con el estandarte de la cruz, libertar la ciudad cercada de los ejércitos enemigos.

SAN JUAN DE LA CRUZ, confesor, en Ubeda en España, compañero de Sta. Teresa en la reforma de los Carmelitas: su festividad se celebra el día 24 de noviembre. (*Véase su vida en aquel día.*)

SAN MATRONIANO, ermitaño, en Milan. (Corresponde este Santo á los primeros siglos de la Iglesia.)

SAN NICASIO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Nicasio, reputado universalmente por una de las principales lumbreras de la Iglesia, de quien quiso Dios servirse para ilustrar á las Galias, floreció en los infelices tiempos que varios enemigos de la religion de Jesucristo arrasaban á sangre y fuego los mas antiguos y cuantiosos pueblos de las provincias del Occidente donde emprendió su barbarie. Aunque no convienen los escritores de las actas de este ilustre mártir de Jesucristo en el tiempo fijo de su promocion al obispado de Reims, la opinion mas verosímil le sostiene á fines del siglo IV y principios del V, cuando los vándalos, los suevos y los alanos, despues de haber derrotado á los francos, que guardaban los límites del Rhin bajo la dominacion de los romanos, se arrojaron cruelmente sobre las Galias, tomaron y quemaron á las ciudades de Mayence, de Wormes, Amiens, Arras y otros muchos pueblos.

En esta desgraciadísima época, colocado en la cátedra de Reims S. Nicasio, brillaba como luminosa antorcha sobre el candelero de la Iglesia por la justificacion de su conducta, por el ardor de su zelo, y por los muchos milagros con que Dios recomendaba su santidad; preparado de su parte á cuanto podia sobrevenir de aquellas implacables gentes. Habia prevenido á su pueblo con sus frecuentes predicaciones, con sus paternales exhortaciones y con saludables consejos á que procurasen por medio de su conversion sincera á Dios y fructuosa penitencia evitar el castigo con que les amenazaba la divina justicia, justamente irritada por sus ofensas. Pero como habia en aquella multitud de fieles varios espíritus altivos y rebeldes que rehusaban prestar oídos á la esforzada voz de su santo pastor; penetrado éste del mas vivo dolor por su estraña resistencia, trató de poner en movimiento todos los arbitrios que le dictó su pastoral vigilancia, y de valerse de cuantos medios discurrió oportunos para dar mas fuerza á sus instrucciones. Gemia el Santo en la presencia de Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigorosas penitencias: pasaba los días y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, mortificaciones, ni vigiliass, para que el Señor abriese los ojos de aquel ciego rebaño, por cuya salvacion estaba pronto á sacrificar su vida. Pero como supo, ó por revelacion divina, ó por unas prudentes conjeturas, que se acercaba el estrago de su pueblo, y que era inevitable su